

LOS POETAS

manuel reina

sus mejores versos

PROLOGO DE
M.R. BLANCO BELMONTE



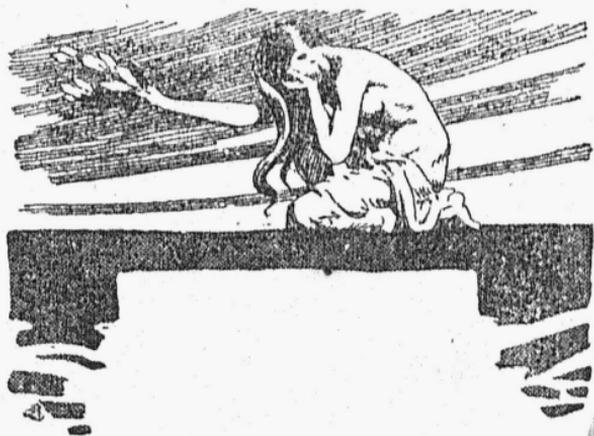
50
CTS

Mimi Pinón, la grisetas
seductora,
arrulla, dulce y coqueta,
con su risa trinidadora
la juventud del poeta.



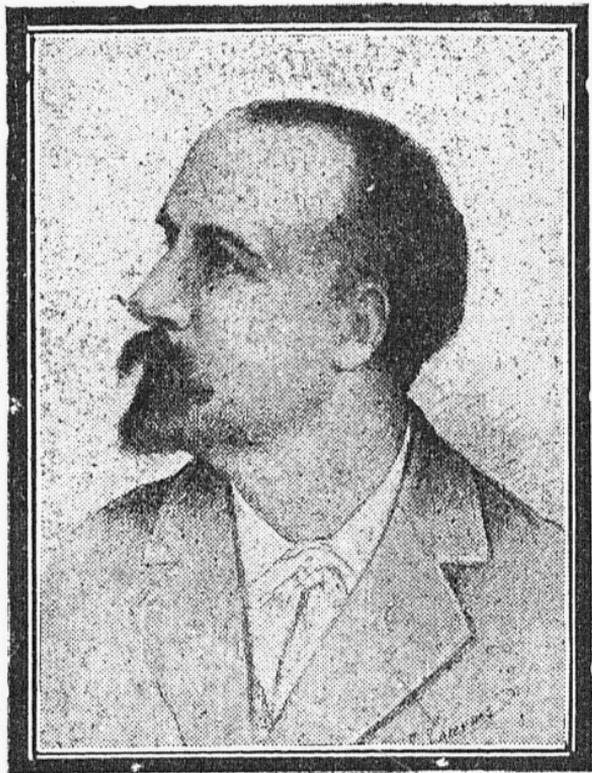
R. 62.273

LOS POETAS



20 octubre 1928

Año I. — Número 11



MANUEL REINA

Nació en Puente-Genil
(Córdoba) el 4 de
octubre de 1856

Falleció el 11 de mayo
de 1905 en Puente-Genil
(Córdoba)

...Reina, sin ser ampuloso, es un poeta de de dicción amplia, sonora, majestuosa. En sus versos vibrantes expónense francamente la idea o el sentimiento del poeta y la ternura o el arrebato, el quejido o la maldición se expresan siempre con una nobleza verdaderamente conmovedora...

JOSÉ FRANCO RODRÍGUEZ

1
AM
57

LOS POETAS

Manuel Reina
SUS MEJORES VERSOS

PRÓLOGO DE
M. R. Blanco Belmonte

PORTADA DE
Alonso

ILUSTRACIONES
Y RETRATO DEL AUTOR POR

Cuevas

—

Administración:
Valverde, 44, entlo. izqda.
MADRID

80

«GRÁFICA UNIÓN»

— MEDELLÍN, 11 —

TELÉFONO 31.420



PRÓLOGO

IMPRESIÓN SINTÉTICA

Príncipe de la Poesía española. Eso fué Manuel Reina. No he podido nunca pronunciar su nombre sin emoción cordial. No profanaré ese nombre con adjetivos. Para el genio, es ofensa el elogio y ridiculez la hipóbole.

Príncipe de la Poesía española, ganó la gloria y entró en la inmortalidad sin llegar a ser popular.

De arrogante estatura, ancho de pecho y siempre erguido de testa, el Poeta—Poeta invariablemente en todos sus actos—era prócer en el aspecto físico, y hasta parecía altivo. Para rectificar la impresión de altivez, estaban sus pupilas, henchidas de bondad y de comprensión, y estaba la sonrisa, suave y atrayente. Mirada y sonrisa constituían revelaciones de una existencia que, tempranamente, tuvo que sobreponerse al dolor. La amargura del Poeta se atenuaba hasta convertirse en tristeza, y la tristeza se esfumaba

hasta desvanecerse en melancolía. Lléguese al fondo de los poemas de Manuel Reina, y, salvo muy contadas excepciones, se encontrará en ellos la melancolía como musa inspiradora.

En su fisonomía moral destacábanse como rasgos prominentes la lealtad, la acrisolada nobleza de pensamientos, palabras y obras, y el culto fervoroso a la Belleza. En Manuel Reina el hombre valía tanto como el artista. Artista y hombre representaban valores inestimables.

Verdadero autodidacto, debió a sí propio su formación espiritual. El maestro Benot decía autobiográficamente: «Yo soy lo que me ha hecho mi madre la región.» Ciertamente que la región, el sol, el cielo, las flores y la opulencia de color de Andalucía influyeron en el espíritu de Manuel Reina. Pero los factores principales de su Arte fueron intuición genial, inspiración divina, magna imaginación creadora. Y esas potencias estuvieron asistidas por depurado aristocratismo, por elegancia sin precedentes en nuestra literatura. Como Salvador Díaz Mirón, Reina pudo afirmar en verdad y con justicia: «Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan; ¡mi plumaje es de esos.» Y su elegancia era tal, que hasta cuando escribía en prosa revelábase el Poeta, haciendo exclamar: «Es igual que las aves: aun al andar demuestran que tienen alas.»

Triunfó desde el primer momento. Su presentación casi alcanzó caracteres de consagración. Con fulgores de ocaso lucían los postreros destellos de las musas de Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce. En plenitud de sus fecundas dotes líricas alzábuse Manuel del Palacio, y ya Salvador Rueda ofrecíase con promesas de claro amanecer. Entonces, en La Ilustración Española y Americana aparecieron unas estrofas de Manuel Reina—estrofas recogidas luego en los libros Alegros y Andantes y Cromos y Acuarelas,— y ellas definieron una personalidad que no había de desdibujarse, arrancaron admiración y aplauso, merecieron aprobaciones de críticos tan severos como «Clarín» y formaron el primer cuartel nobiliario de un cerebro luminoso: lámpara votiva encendida a perpetuidad ante el altar del Arte.

La política atravesóse funestamente en la existencia del Poeta. En el Parlamento, la voz de Manuel Reina vibró conturbando conciencias y adueñándose de simpatías. Al final de un discurso demandador de amparo para la niñez desvalida, un diputado obscuro y silencioso abrazó al orador, y después le envió un retrato con la siguiente dedicatoria: «Admiración y gratitud, en nombre de Marianela y Celipín.—Benito Pérez Galdós.» Acaso fué ésta la única satisfacción que le proporcionó la política. En cambio, su lealtad tropezó con traiciones y su nobleza re-

cibió por pago bellaquerías de picaros.

Reaccionó el artista, se abrazó al Arte y se salvó. Aun cuando años después ocupó asiento en el Senado y halló fraternal amistad en D. José Sánchez-Guerra, ya estaba libre del sortilegio de la política. En él sólo vivía el Poeta.

Su figura adquiere definitivo realce con la publicación del libro *La vida inquieta*. Don Gaspar Núñez de Arce reconoce y declara con su firma que Manuel Reina «resplandece como estrella de primera magnitud en el espacio infinito del Arte». Don Juan Valera lo proclama gran poeta, y Rubén Darío se exalta ante los míopes de intelecto que aconsejan mayor clasicismo al Poeta más moderno, y, al mismo tiempo, más clásico de España y de América en los comienzos del siglo XX.

Piedras miliarias en el camino triunfal de Reina son, sucesivamente, *La Canción de las estrellas*, *Poemas paganos*, *Rayo de sol* y *El jardín de los poetas*. En estos libros maravillosos hay producciones como «*El poema de las lágrimas*», «*La ceguedad de las turbas*», y «*Adolescencia de Virgilio*», que han entrado y perdurarán como joyas en el tesoro de la *Literatura universal*.

Hermano, tal vez hermano mayor de los anteriores, es el volumen *Robles de la Selva Sagrada*, que su autor dejó completamente terminado, pero sin alcanzar a verlo impreso.

Santo Tomás definió: «*La verdad es lo que es.*»

PROLOGO

Así, también, el arte de Manuel Reina es lo que es: Arte purísimo, sin mezcla alguna de alquimia.

Por inexplicable y raro fenómeno, los críticos sólo han visto lo externo en la obra del Poeta. Han visto y han celebrado unánimemente la espontaneidad, la cultura, la corrección pulquérrima y la deslumbrante y natural fastuosidad del ropaje poético de las estrofas-cálices que cinceló el Artista. Nadie ha pasado de la superficie. Y la esencia de la Poesía de Manuel Reina es lección de serenidad en el dolor, espejo de un alma que sabe sonreír en trances de sufrimiento y desesperanza. Creyente por convicción, fué estoico por ley de herencia de su compatriota Séneca.

Sin esfuerzo, porque en el Arte cifró su vida, hizo de su vida una obra de Arte. En su deliciosa quinta de Campo Real—entre pájaros, flores, obras maestras de literatura clásica y cuadros selectos—y en su casa solariega de Puente Genil, en un estudio con ancha reja al patio entoldado por frondosa parra, brotaron las poesías de Reina. Brotaron como las rosas y los jazmines de aquel patio, como flores que naturalmente abren los pétalos y derraman perfumes, como astros que se alzan en la magnificencia del firmamento azul.

A Manuel Reina le fué negada la satisfacción del disfrute pleno de su triunfo. El

M. R. BLANCO BELMONTE

crystal de su existencia quebróse al cumplir los cincuenta años, cuando la Real Academia Española se disponía a brindarle plaza de número, cuando Hispanoamérica le invitó a una excursión que se anunciaba como homenaje al Poeta superior en todo al parnasiano Heredia: superior en pompa y originalidad de imágenes, superior en aliento patriótico, y superior, principalmente, en el calor de sentimiento y en la humana palpitación que supo infundir a sus creaciones.

Sólo un núcleo, más selecto que numeroso, de personalidades hispanas ha rendido justicia al Poeta y a su obra. Cuando se coleccionen y se editen las Poesías completas de Manuel Reina, sería muy de desear que la colección ostentase la arrogante dedicatoria que estampó Esquilo al frente de sus monumentales producciones: «Al Tiempo.» El Tiempo, que no perdona lo que se hace sin él, se encargará de extender y de abri-llantar la limpia fama de este Príncipe de la Poesía española, sucesor en el espíritu de su paisano Don Luis de Góngora y Argote, y maestro de poetas. Nunc et semper.

M. R. Blanco Belmonte



Introducción

Hijo soy de mi siglo,
y no puedo olvidar que por el triunfo
de la conciencia humana,
desde mis años juveniles lucho.

NÚÑEZ DE ARCE.

Soy poeta: yo siento en mi cerebro
hervir la inspiración, vibrar la idea ;
siento irradiar en mi exaltada mente
imágenes brillantes como estrellas.

El fuego abrasador de los volcanes
en mi gigante corazón flamea ;
escalo el cielo, bajo a los abismos,
rujo en el mar, cabalgo en la tormenta.

REINA

Soy poeta: mi espíritu se escapa
de la mezquina cárcel de la tierra,
y sobre otros espacios y otros mundos
tiende sus alas de águila altanera.

Bebe la luz en la mansión del rayo;
«atraviesa las órbitas etéreas»,
y el penetrante arpón de sus pupilas
recorre el panorama de la esfera.

—
Soy poeta: al rumor de las naciones
las cuerdas de mi cítara se templan;
lloro en el negro mundo de las tumbas,
río en la bacanal, trueno en la guerra.

El amor y la patria son mi vida;
el corazón humano, mi poema;
mi religión, la caridad y el arte;
la libertad sublime mi bandera.

—
Soy poeta: yo siento en mi cerebro
hervir la inspiración, vibrar la idea;
siento irradiar en mi exaltada mente
imágenes brillantes: ¡soy poeta!

La Perla

Contemplaban tus ojos centelleantes
la palma de cristal, la linfa pura
del surtidor que vierte en la espesura,
su polvo de zafiros y diamantes,
cuando enferma, con pasos vacilantes,
se acercó una mujer, todo trístura,
y te pidió limosna con dulzura

SUS MEJORES VERSOS

fijando en ti miradas suplicantes.
La perla que en tu mano refulgía
diste a aquella mujer pobre y doliente,
que se alejó, llorando de alegría.
Yo, entonces, conmovido y reverente,
no te besé en los labios cual solía,
¡sino en la noble y luminosa frente!

Juventud de Musset

A D. Manuel Cano y Cueto.

I

Mimí Pinsón, la griseta
seductora,
arrulla, dulce y coqueta,
con su risa trinadora,
la juventud del poeta.

Junto a su amada, el cantor
da al olvido
toda amargura y dolor,
al pie de rosal florido
donde mora un ruiseñor.

Y ella, con vivos fulgores
en los ojos,
al vate de sus amores
ofrece sus labios rojos
y una corona de flores.

Y a la luz de astros radiantes
y entre notas argentinas

REINA

del ave, estallan triunfantes
las rotas frases divinas
y el beso de los amantes.

II

En tarde resplandeciente
y aromada,
reclina el genio la frente
sobre el cabello esplendente
de su gentil adorada ;
cuando, envuelto en áurea bruma,
cruza el cielo
cisne blanco, cual la espuma,
que, herido, pierde en su vuelo,
una ensangrentada pluma.

Con rápida sacudida
se alza el vate,
y ase, el alma conmovida,
la pluma, en sangre teñida
cual lanza tras del combate.

Y arranca de ella el tesoro
de sus más tristes canciones,
bajo cuyas alas de oro
se anegan en dulce lloro
los dolientes corazones.

El insecto y la estrella

Mirad aquel insecto
de transparentes alas

SUS MEJORES VERSOS

en los brillantes pétalos posado
de aquella rosa blanca.

El cielo contemplando
las largas noches pasa,
fija la vista en la hermosura y brillo
de cierta estrella pálida.

¡ Amor de un pobre insecto!
¡ amor sin esperanza!
la estrella no lo mira, es insensible;
las estrellas no aman.

En la nevada rosa
se ven, por las mañanas,
mil gotas cristalinas que parecen
abrasadoras lágrimas.

Andalucía

A José Vignote.

Cielo brillante, fuentes rumorosas,
ojos negros, cantares y verbenas,
altares adornados de azucenas,
rostros tostados, perfumadas rosas.
Bellas noches de amor esplendorosas,
mares de plata y luz, brisas serenas,
rejas de nardos y claveles llenas,
serenatas, mujeres deliciosas.
Cancelas orientales, miradores,
la guitarra y su triste melodía,

REINA

vinos dorados, huertas, ruiseñores,
deslumbradora y plácida poesía...
He aquí al pueblo del sol y los amores,
la mañana del mundo: ¡Andalucía!

En Mayo

¡Ven al prado de lirios y claveles,
mi bello y dulce bien! El campo llena
de perfumes la atmósfera serena
y el mes de mayo irradia en los vergeles.
¡Ven! Entre los rosales y laureles
flauta invisible melodiosa suena.
¡Ven! Que en la orilla del Genil amena
el amor es panal de ricas mieles.
¡Ven, mi alma! Las auras su frescura
nos ofrecen; las aves su armonía
y recóndito nido la espesura.
¡Mas no, no vengas, adorada mía;
que el inmenso raudal de mi amargura
tu corazón feliz destrozaría.

La Diana

(DE HEINE.)

Toca, toca el tambor y pierde el miedo,
y abraza a la preciosa cantinera;
este es el gran sentido de los libros,
esta es la ciencia.

¡Que tu tambor al mundo adormecido
de su sueño despierte!

¡Joven, toca con fuerza la diana!
¡Siempre adelante y a tambor batiente!

Esta es de Hegel la profunda ciencia,
este es el gran sentido de los libros.
Yo los he comprendido a maravilla;
soy buen tambor y aprovechado chico.

El corazón de una hermosa

PROLOGO

Manuel, en una noche del estío,
en el sereno azul clavó los ojos;
encendió un aromático veguero,
y escribió esta novela. *Fin del prólogo.*

I

RETRATO

Era el capitán don Juan
joven bello y decidor;
apuesto, rico y galán,
y por su porte y valor
llamado *El gran capitán.*

Dorados vinos bebía,
con esplendidez jugaba
y lindos trajes vestía;
y, calavera, pasaba
el tiempo en perenne orgía.

Como el héroe conocido,
que Espronceda nos pintó,
Don Juan nunca recordó
dinero por él perdido

REINA

ni mujer que abandonó.

Era nuestro capitán
en la esgrima gran maestro ;
en los salones galán,
y en hacer saltar, muy diestro,
los taponés del champán.

En fin, por su corazón,
por su riqueza, hermosura
y ardiente imaginación,
era Don Juan la figura
de la misma seducción.

II

EN LA REJA

—¿Te vas, mi corazón, mi amor primero?

—Me marchó ya, querida ;
mas antes, que me des un beso quiero.

—Con él toma mi vida.
—Adiós, adiós, mi gloria, mi alegría.

—¡Ay, Juan ! ¿Me olvidarás ?
¿Serás infiel a mi cariño, un día ?

—Jamás, Rosa, jamás.

III

ROSA

Rosa, joven divina y vaporosa,
formada del aroma de las flores ;
dulce como canción de ruiseñores ;
cual noche de esponsales, deliciosa.

Era de honor encantadora marca
su pecho ; en su pupila penetrante

SUS MEJORES VERSOS

fulguraba una página del Dante ;
en su faz, un soneto de Petrarca.

Su cuerpo era conjunto primoroso
de estrellas y jazmines. ¿Quién diría
que bajo forma tal palpitaría
un corazón tan grande y poderoso?

Rosa, joven divina y candorosa,
del bello capitán enamorada...
¡Cuán infeliz, vendida y desgraciada
fuiste por el amor...! ¡Ay pobre Rosa!

IV

EN EL BAILE

En el soberbio palacio
del marqués de la Pradera,
arde el placer, vibra el gozo,
hierve, esta noche, la fiesta.
Ved: es un baile de máscaras
con que los dueños celebran
el próximo casamiento
de su angelical Eugenia.
Nuestro alegre capitán
es el prometido de ésta ;
Don Juan, que hoy es objetivo
de los hombres y las bellas.
El salón está poblado
de máscaras pintorescas,
de hermosísimas mujeres
con vestiduras espléndidas.
Torrentes de luz se escapan
de las grandiosas lucernas ;

REINA

brillan los limpios cristales ;
los diamantes centellean ;
se iluminan los tapices ;
resplandecen las diademas,
y en todo el salón se aspiran
embriagadoras esencias.

El capitán va vestido
a lo Luis Catorce ; lleva
un elegante sombrero
con rizada pluma negra,
traje de raso y encaje,
todo bordado de perlas,
y una reluciente espada
a la cintura sujeta.

Eugenia, más seductora
que nunca, viste de Ofelia :
corona de blancas flores
su frente preciosa ostenta,
y su cuerpo la sublime
túnica de nieve, aérea.

Risas, suspiros y voces
despide la concurrencia ;
sólo una máscara grave
en un ángulo se observa.
Viste el traje de *Pierrot* ;
gracioso antifaz de seda
cubre su rostro, y extraña
la multitud vocinglera,
que nuestro *Pierrot* sombrío
lleve una espada en la diestra.
Este ve al capitán solo
y le dice con voz seca :

«Sois un bandido, Don Juan;
y por Dios, que la existencia
he de quitaros.» «Villano,
calla o te arranco la lengua.»
Así Don Juan le replica
y al mismo tiempo le muestra
del palacio suntuoso
la riquísima escalera.

V

LA MUERTE

Don Juan, como buen soldado,
es gran tirador de espada;
y de una fiera estocada
al *Pierrot* ha atravesado.

Este exclama: «Feliz soy;
adios, muero sin dolor;
me arrebataste el honor
ayer, y me matas hoy.»

El capitán con incierta
mano el antifaz le quita,
y, al verle el semblante, grita:
«¡Rosa! ¡Infeliz! ¡Muerta, muerta!»

Cantar

Magnífica es la riqueza;
la libertad, admirable;
la salud, mucho mejor;
y mejor que ésta, mi madre.

La catarata y el ruiseñor

I

Desplómase la ráuda catarata
envuelta en luz y plata,
rompiendo en mil pedazos su diadema ;
al abismo se lanza y precipita,
y ruge, canta, grita,
formando cōn sus ritmos un poema.

Al ver sus vestiduras y cendales
cubiertos de cristales
y de resplandeciente pedrería,
un ruiseñor contéplala extasiado,
y canta entusiasmado
sublime y amorosa melodía.

Y en torno del torrente que flamea
el pájaro aletea ;
moja en el agua límpida su pluma,
y por la catarata arrebatado
el pájaro, asfixiado,
en el abismo rueda entre la espuma.

II

El vicio es una hirviente catarata
que rauda se desata
y en el oscuro abismo se despeña ;
y al mirar su diadema de brillantes,
su luz y sus cambiantes,
el alma, alguna vez, suspira y sueña.



La gota de sangre

Sentados en la gótica ventana
estábamos tú y yo, mi antigua amante;
tú, de hermosura y de placer, radiante;
yo, absorto en tu belleza soberana.
Al ver tu fresca juventud lozana,
una abeja lasciva y susurrante
clavó su oculto dardo penetrante
en tu seno gentil de nieve y grana.
Viva gota de sangre transparente
sobre tu piel rosada y hechicera
brilló como un rubí resplandeciente.
Mi ansioso labio en la pequeña herida
estampé con afán... ¡Nunca lo hiciera,
que aquella gota envenenó mi vida!

Los rojos

Retruena el tambor; la turba avanza
terrible el rostro y la mirada fiera;

REINA

flota, teñida en sangre, la bandera;
silba el ronco fusil; cruje la lanza.
La multitud, sedienta de venganza,
crímenes va sembrando por do quiera;
convierte al pueblo en colosal hoguera
y se entrega, iracunda, a la matanza.
—¡Viva la libertad! la turba grita,
cuando, furiosa, al mar se precipita
y todo cuanto ve quema y destruye...
¡Oh libertad! ¡Oh libertad sagrada!
¡Malditâ sea la hueste degradada
que tu precioso nombre prostituye.

A media noche

¡Oh! permets, charmante fille,
j'enveloppe mon cou avec tes bras.

HAFIZ.

Choca tu dulce boca con la mía,
mujer deslumbradora;
y brotará la ardiente poesía
que mi mente atesora.

Deja, deja que rompa ese lujoso
traje de terciopelo
que oculta, como amante cariñoso,
de tu belleza el cielo.

Quiero una bacanal regia y grandiosa;
que el dios de los amores

en ella cubra tu cabeza hermosa
de perfumadas flores.

Un banquete de dioses, una orgía
tan rica y deslumbrante,
que exceda a la más bella fantasía
del genio más gigante.

Que esté el salón cubierto de brocados,
y telas suntuosas;
la mesa, de manjares delicados
y de divinas rosas.

Y que haya esos licores deliciosos
coronados de llamas,
que engendran en la mente luminosos
y bellos panoramas.

Los generosos vinos espumantes
dejemos al olvido;
¡quiero beber en copa de brillantes
el oro derretido!

Y cuando de estos goces y delicias
esté mi pecho lleno,
expirar entre besos y caricias,
reclinado en tu seno.

Balle de Máscaras

El salón, por deliciosas
mujeres, se halla adornado;

REINA

parece estuche dorado
lleno de piedras preciosas.
¡ Oh brillante diversión !
Notas, perfumes, colores,
gasas, diamantes y flores,
en lujosa confusión !
Los brilladores reflejos
de los ojos de las bellas ;
la luz, salpicando estrellas
en los grandiosos espejos ;
los tapices, las pinturas,
los elegantes tocados,
las alfombras, los brocados,
las correctas esculturas,
los cojines orientales,
las blondas, la gentileza
de las damas, la riqueza
de mármoles y cristales,
el raso, perlas y tul,
plumas, risas y fragancia,
forman de la hermosa estancia
un mundo de oro y azul.

· · · · ·
Allí se ve al caballero
feudal, al cinto la espada,
ostentando la celada
y la cota del guerrero,
prodigando madrigales
a una linda jardinera
de rizada cabellera
y pupilas celestiales.
Allá, un alegre estudiante

SUS MEJORES VERSOS

baila con una sultana ;
aquí, una lista aldeana
se burla de un almirante.
Allí, un grave capuchino
de mirada tenebrosa
y barba blanca y sedosa,
baila, en raudo torbellino,
con una bella gitana
que luce negra mantilla,
y exhibe la pantorrilla
bajo la falda de grana.
Mirad, mirad aquel *clown*
en brazos de alta señora ;
ved aquí, esta labradora
bailar con un infanzón.
Allá, marcha un mosquetero
con una monja del brazo ;
mirad, en estrecho lazo,
una reina y un torero.
Allí, un astrónomo gira
bordado el manto de estrellas ;
en derredor de las bellas
aquel trovador suspira.
Y se encuentran confundidos
payasos, reyes, gitanos,
griegos, moros y cristianos,
guerreros, frailes, bandidos.
Monjas, magas, bailarinas,
labradoras y princesas,
rusas, gitanas, inglesas,
moras, gallegas y chinas.
Y en medio de ese ruido,

REINA

de esta locura y afán,
del espumante champán
se oye el báquico estampido.
Y vestido de escarlata,
y ceñida la tizona,
Mefistófeles entona
la sublime serenata.

A Núñez de Arce

EN SU CORONACION

I

Un genio ardiente, un alma vengadora
reclama ya la universal conciencia:
brilla el cinismo, triunfa la licencia,
y la maldad se yergue vanidosa.
Falta un genio de voz atronadora
que maldiga del mundo y la impudencia,
reduzca al ambicioso a la impotencia
y arranque tanta máscara traidora.

Un genio, sí, de frente inmaculada
que convierta su pluma de diamante
en látigo de fuego o recia espada;
y que ostente en su espíritu radiante
de Tácito, la cólera sagrada
y el estro airado del terrible Dante.

II

Ese genio inmortal, esa alma austera
sólo puedes ser tú, sublime vate:

SUS MEJORES VERSOS

tú, en cuya estrofa cincelada late
noble y augusta la verdad sincera.

Tú, cuya inspiración robusta y fiera
da al crimen y al error tremendo embate
en los valientes *Gritos del combate*,
donde solloza nuestra edad entera.

Tú sólo puedes ser el soberano
poeta vengador, porque has reunido
las virtudes del pueblo castellano,
y en tu grandioso canto enardecido
suena potente del león hispano
el formidable aterrador rugido.

III

Hoy que el mundo latino te proclama
emperador del Arte; hoy que un senado,
de noble admiración arrebatado,
ciñe a tu frente el lauro de la fama,
piensa en la humanidad que sufre y clama,
y pon la vista en nuestro pueblo amado
que, roto, escarnecido y desgraciado,
en tí, varón insigne, espera y ama.

¡Y hace bien, vive Dios!... Ya me parece
que estallan furibundos tus acentos!

¡Ya el mal, amedrentado, se estremece!

¡Ya las cuerdas de bronce de tu lira
se transforman en látigos sangrientos!

¡Ya miro arder el hierro de tu ira!

REINA

La música

A mi padrino el conde de Torres-Cabrera

ALEMANA

Es el rumor de hirviente catarata
que en los abismos sus cristales quiebra;
del lúgubre cañón el estampido;
el sublime fragor de la tormenta;
el colérico grito de los mares
«cansados de luchar con sus cadenas»;
el acerado choque de las armas;
del bélico clarín la voz guerrera;
el gigante concierto de los mundos;
el son valiente de la trompa épica,
y el ritmo eterno, armónico y grandioso
de la máquina inmensa de la tierra.

ITALIANA

Es el rumor del beso apasionado;
del aura los dulcísimos poemas;
las notas que del lago se levantan
en las noches azules y serenas;
la canción de los silfos a las flores;
de las arpas de oro las cadencias;
el ¡ay! desgarrador del moribundo;
el canto seductor de las sirenas;
el suspiro amoroso de las vírgenes;

SUS MEJORES VERSOS

de las aves canoras las endechas,
y las mil armonías de los bosques
que los espacios infinitos pueblan.

FRANCESA

Es el rumor ardiente de la orgía;
la barcarola rítmica y ligera
que las náyades cantan recostadas
en sus esquifes de coral y perlas;
el canto del amor y los placeres;
el crujido del raso y de la seda;
el *allegro* monótono que entona
la bola de marfil en la ruleta;
las sonoras y alegres carcajadas
de Paul de Kock; la voz de las grisetas;
de Beranger los cantos populares
y el choque de las copas de Bohemia.

El sueño de una noche de verano

A Juan Calvo de León.

(EN EL CONCIERTO)

Llueve; la tarde triste y nebulosa.
Al beso de la lluvia fecundante
su frente inclina la purpúrea rosa,
como al ósculo fresco del amante
la enamorada virgen ruborosa.
El agua cristalina
en las frondosas ramas centellea,

REINA

cual joya de diamantes que campea
en los bellos cabellos de una ondina ;
el ruiseñor se oculta y enmudece,
busca el nido la obscura golondrina,
la floresta reluce y se estremece,
y la lluvia, entretanto, gime y llora,
y con sus hilos fúlgidos parece
arpa gigante de cristal sonora.

.
Con el alma tan triste como el cielo
de este lluvioso día,
entro, buscando a mi dolor consuelo,
en el templo inmortal de la armonía.

—
De pronto en la alta esfera
brilló, como sonrisa placentera,
la luz del sol, entre vapores rojos,
que irradiando en los vidrios de colores
del templo musical, mostró a mis ojos
un agitado mar de resplandores.
Allí el cuello de encaje, la lujosa
seda y el raso espléndido, las flores
entre los rizos negros o dorados,
los seductores rostros de las bellas,
los lindos arabescos esmaltados
de la sala elegante y anchurosa,
las joyas coronadas de centellas,
el alegre abanico fulgurante,
la mantilla de nieve, la lustrosa
pechera de marfil, el chal brillante
bordado de vistosos colorines,
la luz artificial vertiendo estrellas

SUS MEJORES VERSOS

sobre trompas, timbales y clarines,
y dorando la lira melodiosa...

Todo resplandecía,
todo lanzaba rayos y fulgores,
formando una grandiosa sinfonía
de relámpagos, lumbres y colores.

—
La orquesta abrió el concierto soberano
con la maravillosa melodía

El sueño de una noche de verano.

Y en aquella cascada de armonía,
como en un cosmorama, yo veía
mi adolescencia, plácida alborada;
el blanco campanario de mi aldea,
con su rota veleta cincelada,
que en lo azul se destaca y centellea;
mis primeros amores,
las rejas llenas de olorosas flores
y de besos ardientes,
y aquellas noches puras y lucientes
en que el alma volaba
de astro en astro, y en lumbre se bañaba.

Después, mi arrebatada fantasía
se pobló de magníficos ensueños
de luz y poesía,
ora tristes, ya alegres y risueños.
Vi entonces la serena y argentada
noche del seco estío,
y en la corriente del brillante río
una barca poblada
de bulliciosas jóvenes y hermosas,
coronadas de rosas,

REINA

que al viento daban risas y canciones ;
en tanto que en la orilla floreciente
un mancebo de pálidas facciones,
de tristes ojos y abatida frente,
alejarse miraba en la corriente
el esquife sonoro.

Borróse luego esta visión de oro
y apareció una noche tenebrosa,
en cuyo fondo lúgubre y sombrío
alzábase la imagen pavorosa
de trágico y sangriento desafío,
y semejaba en el oscuro cielo
la amarillenta luna agonizante
un cráneo de marfil sobre un gigante
catafalco de negro terciopelo.

Tras este cuadro fulguró radiante
bello tropel de náyades y ondinas,
bañándose en azul y terso lago,
al cadencioso halago
de canciones y músicas divinas
que entonaban las ondas cristalinas.
Luego una huerta apareció frondosa,
con sus parras, su fuente rumorosa,
sus rosales y arpados ruiseñores,
y bajo de un granado, cuyas flores
de púrpura y de fuego parecían
labios abrasadores,
dos amantes besábanse y reían.

Desvanecida esta visión de amores,
surgió un gótico templo iluminado,
todo vestido de tisú de oro,
con su altar de azucenas adornado

SUS MEJORES VERSOS

y su esculpido coro,
donde cantaba el órgano sonoro.
Al pie del ara, una gentil doncella,
de rubia cabellera reluciente,
como el fleco dorado de una estrella,
ceñida de azahar la casta frente,
y la figura bella
envuelta en blanco velo transparente,
daba su mano fina y delicada
a un gallardo mancebo, de mirada
placentera y airoso continente.

.....
Mas, ¡ay!, enmudeciendo de repente
la orquesta, desplomóse el atrevido
alcázar que elevó mi fantasía,
volviendo yo, doliente y abatido,
a la espantosa realidad sombría.
¡Entonces, comparando
mi alborotada juventud serena
con estos tiempos de cansancio y pena,
toda la tarde la pasé llorando.

La lira rota

Del salón en el ángulo oscuro
.....
.....
.....

BECQUER.

En el verde jardín, al pie de un árbol,
hallé una lira rota y destemplada:
y en tal estado al verla



REINA

sentí rota mi alma.

Las cristalinas gotas de rocío
que en sus hilos metálicos brillaban,
no sé por qué misterio
me parecieron lágrimas.

Al ver a un ruiseñor triste y callado
que en ella se posaba,
dije: el ave es el alma de su dueño
que viene a visitarla.

¡Ay! en aquellas cuerdas yo veía
de un corazón las fibras delicadas
heridas mortalmente
por sin igual desgracia.

Cuando el viento al pasar, aquellas cuerdas
con invisibles dedos agitaba,
gemidos y lamentos
de la lira brotaban.

Las Bellas Artes

PINTURA

Es el limpio fanal del universo ;
el marco de brillantes panoramas ;
el mar con sus abismos insondables
y sus lucientes olas de esmeralda ;
el cielo con sus nubes y sus astros ;
el arroyo que claro se desata
y copia en su cristal plantas y flores ;
el horizonte ; las divinas alas
de las deslumbradoras mariposas ;
el ocaso ; la noche ; la mañana,

SUS MEJORES VERSOS

y el espejo grandioso en que los mundos
con sus luces y sombras se refractan.

ESCULTURA

Es la forma; es el arte que de un mármol
una figura celestial arranca;
el alma de infinitas religiones;
Atenas floreciente y decantada;
el abultado pecho de la hermosa;
el altivo palacio y la montaña;
la obra que Dios, artífice supremo,
fabricó, poderoso, de la nada;
el espectro que llora en las ruinas;
el plano entero de la hermosa Italia;
la lluvia, en fin, cuyo cincel de gotas
la verde espiga de la tierra saca.

MUSICA

Es el cantar que entonan las edades;
el lenguaje sublime de las hadas;
el ritmo de los ejes de la tierra;
el canto del torrente y la cascada;
el son del huracán; las dulces trovas
que las aves entonan en las ramas;
el placer de la corte y de la aldea;
del amoroso labio la palabra;
las sentidas canciones populares...
Arte del sentimiento, arte formada
de notas, ruiñones invisibles
cuyo precioso nido son las almas.

«Es el limpio fanal del universo» ;
«el lenguaje sublime de las hadas» ;
«el alma de infinitas religiones» ;
la música del beso regalada ;
el mundo del amor y del espíritu ;
la rota almena ; el opulento alcázar ;
la luz del rayo ; el grito de los mares ;
el inmenso rumor de las batallas ;
el color y el perfume de las rosas ;
la historia de los pueblos ; la mirada
de unos hermosos ojos ; el espacio ;
el cielo ; el campo ; el mar ; la flor ; el aura.

Flores secas

No extrañéis que conserve, cual tesoro,
esas pálidas flores ;
sus hojas son las páginas de oro
de una historia de amores.

Esas páginas traen a mi memoria
la ventura perdida ;
el tiempo del placer y de la gloria,
mañana de la vida.

.....
El fuego en tu corola ya no arde,
despedazada rosa ;
lindo adorno tú fuiste, cierta tarde,
del pecho de una hermosa.

SUS MEJORES VERSOS

Este mustio clavel, bella Dolores,
borró nuestros enojos ;
aún me parece ver, en sus colores,
los de tus labios rojos.

—
Esos nardos, con pétalos brillantes,
Adelina hechicera,
bañaron en aromas penetrantes
tu blonda cabellera.

—
Amelia regalóme esta camelia
con líbrico embeleso,
dando a la flor la encantadora Amelia
un encendido beso.

—
Tus pétalos de plata, raso y oro,
marchitada azucena,
aún parecen regados por el lloro
de la dulce Filena.

Las flores están ya tristes y yertas ;
sus hojas, en girones ;
todo pasó ; las flores están muertas
como mis ilusiones.

A . . .

Hoy las campanas al viento
dan su fúnebre clamor.
¡Ay!... Sin duda, ingrata mía,
doblan por tu corazón.



Canción árabe

A Rafael Reina.

Lejos está la hermosa de la gentil garganta
y de ojos centelleantes.
Corcel, vuela conmigo; condúceme a su
[planta;
por *ella* te he comprado la peregrina manta
de raso y de brillantes.

—
Por *ella* de preciosos regalos te he colmado
que valen un tesoro;
tus bridas son de plata; tu silla, de brocado,
y en tus ijares nunca tu dueño te ha clavado
el espolín de oro.

—
Por *ella* están tus crines rizadas y sedosas,
y brilla tu herradura,
y está por manos hábiles, en sedas muy lu-
[josas,

bordada de guirnaldas, de pájaros y rosas,
tu espléndida montura.

—
Por *ella* todo el mundo te admira y te de-
[canta;

por *ella* soy tu amigo;
corcel, corcel ligero, condúceme a su planta;
por *ella* te he comprado tu peregrina manta.
¡Corcel, vuela conmigo!

La Estátua

En medio del jardín yérguese altiva,
en riquísimo mármol cincelada,
la figura de un dios de ojos serenos,
cabeza varonil y formas clásicas.
En el invierno, la punzante nieve
y el viento azotan la soberbia estátua;
pero ésta, en su actitud noble y severa,
sigue en el pedestal, augusta, impávida.
En primavera, el aureo sol le ofrece
un manto de brocado; las arpadas
aves con sus endechas la saludan;
los árboles le tejen con sus ramas
verde dosel; el cristalino estanque
la refleja en sus ondas azuladas,
y los astros colocan en su frente
una diadema de bruñida plata.
Mas la estátua impasible está en su puesto
sin cambiar la actitud ni la mirada.
¡Así el genio inmortal, dios de la tierra,
siempre blanco de envidias o alabanzas,

REINA

impávido, sereno y arrogante,
sobre las muchedumbres se levanta!

Byron en Venecia

Sobre la frágil onda iluminada
por el radiante sol, surca ligera
del bardo inglés la góndola dorada
desplegando a los aires su bandera.

De pie en la popa; la apolina frente
bañada en rayos, la mirada inquieta
tendida por el mar resplandeciente,
boga triunfante el inmortal poeta.

Desde los cincelados miradores
las venecianas vírgenes hermosas
fijan en él sus ojos seductores,
y le mandan sonrisas amorosas.

Y sueñan por la noche, enamoradas,
con la canción del bandolín sonoro,
el recio combatir de dos espadas
y el choque alegre de las copas de oro.

Mayo

De azul y plata adornada
está la rauda cascada;
azul el ancho horizonte;
verde la hermosa enramada,
y la pradera y el monte.

Luce la lozana flor
sus perfumes y sus galas ;
y entona cantos de amor
ese poema con alas
que llamamos ruiseñor.

Las arboledas sombrías
se cubren con verdes velos ;
y báñanse, en armonías,
esas noches que son días
y esos días que son cielos.

El aire se halla inflamado,
y la hermosa con su amado,
a los rayos de la luna,
cruza en bajel nacarado
la brilladora laguna.

Todo es luz, brisas, colores,
ambiente, dulzura, calma,
pájaros, notas y flores.
Sólo en mi pecho hay dolores
y desencanto en mi alma.

A una mujer

Es de rayos de sol tu cabellera ;
la línea de tu rostro seductora ;
eres la encarnación de la hermosura ;
de las gracias la diosa.

La voluptuosidad, ave de fuego,

REINA

tiene por nido tus divinas formas ;
y hay un cielo de esencias y rubíes
en tu risueña boca.

—

Sólo te falta el alma, hermosa mía,
no tienes alma, no ; pero, ¡ qué importa !
tampoco tienen alma las estrellas,
las perlas, ni las rosas.

En un album

— Los dioses se van, ha dicho
un eminente filósofo ;
— El cielo es un cementerio
azulado—grita otro.
— El Cristo ya se desploma
— escribe un genio coloso,
y la multitud exclama :
— Los templos están ruinosos.

—

Yo sé que las religiones
ruedan tristes en el polvo,
y sé que ante la razón
todos se postran de hinojos ;
no obstante, querida mía,
yo sigo siendo católico,
y es porque la Virgen tiene,
¡ oh hermosa !, tu mismo rostro.

A F . . .

Cuando miro de noche en el cielo
dos brillantes estrellas unidas,

me figuro que son nuestras almas
refulgentes de amor y alegría.
Pero al ver separarse a una de ellas
señalando una estela divina,
¡ay! me muero al pensar que es tu alma
que se aleja, veloz, de la mía.

MI DIOS

El Dios en quien yo creo palpita en la
[conciencia,
los sabios y los justos, sus sacerdotes son,
los cielos y los mares publican su existencia,
el bien es su doctrina, su templo la creación.

EL PAÑUELO

(ORIENTAL)

La sultana Amina llora,
llena de horror y tristeza,
porque en una pica mora
ve clavada la cabeza
del hombre a quien ella adora.
Sus sedas, gasas y tul,
rasga, iracunda y furiosa ;
tira su turbante azul
y su diadema preciosa
que vale más que Stambul.
Pisa joyas y diamantes,
destroza su rico velo,
y las de color de cielo

REINA

telas, que adornan brillantes,
su lecho de terciopelo.
Llega Mahomet ultrajado;
a la llorosa sultana
mira con rostro irritado,
y echa en su falda de grana
un pañuelo ensangrentado.
«¡Es su sangre!», dice Amina;
y con una damasquina
daga, su garganta hiere;
la hermosa cabeza inclina,
 nombra a su amador... y muere.

Morendo

Hermosa, ya tus pupilas
que soles radiantes fueron,
perdiendo van sus fulgores,
su viveza van perdiendo;
tu provocativa boca,
trono del amor y el beso,
palidece, y huyen de ella
la gracia, el clavel y el fuego;
ya en la cascada de oro
de tus brillantes cabellos,
algunos rayos de luna
aparecen indiscretos,
y en tu nacarada frente
de nítido terciopelo,
un hada un surco ha trazado
con su alabastrino dedo;
las flores de tu semblante

SUS MEJORES VERSOS

se han marchitado y deshecho,
y las flores de tu alma,
hermosa, también han muerto.

María Stuart

A Rafael Moyano.

Pálida la color, en la alba frente,
un surco que revela el desconsuelo,
la azul pupila dirigida al cielo,
el paso firme, el ademán prudente,
baña su hermosa faz el llanto ardiente.
Marcado en su semblante está el desvelo,
y un vestido de negro terciopelo
aprisiona sus formas ricamente.

Así María Stuart camina lenta,
el pudoroso pecho destrozado,
a la picota lúgubre y sangrienta;
y al rodar su cabeza en el tablado,
rodó en el suelo, para eterna afrenta,
el nombre de su prima deshonorado.

Las Estaciones

Si al llegar la lozana primavera
contemplo en la pradera,
rosas divinas y claveles rojos,
recuerdo tus mejillas y sonrojos.

—

Si el verano al llegar luce el tesoro
de las espigas de oro,

REINA

y las noches brillantes y azuladas,
recuerdo tu cabello y tus miradas.

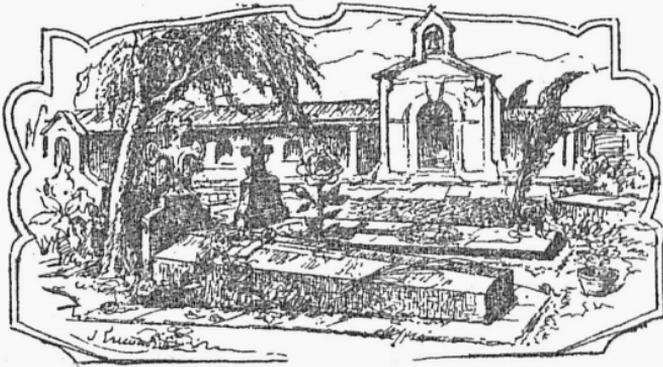
Si al llegar el otoño, oigo la brisa,
que vagando indecisa
entre las hojas pálidas, murmura,
tu voz recuerdo melodiosa y pura.

Y si el invierno viste el blanco velo
de nieves y de hielo,
y de las nieblas el capuz sombrío,
tu corazón recuerdo negro y frío.

La flor de mi esperanza

Una flor se divisa
en el oscuro campo de batalla,
y sus hojas, movidas por el viento,
de humo y sangre se esmaltan.
Un corcel galopando se aproxima,
y pronto va a pisarla;
mas una mano fuerte y vigorosa
lo detiene, y ¡la flor está salvada!

Hoy así se divisa
en el oscuro campo de mi alma,
una flor blanca y pura:
la flor de mi esperanza.
El corcel volador de las pasiones
se acerca a destrozarla.
¡Ay de ella si tu mano bendecida
no detiene su marcha!



El sauce y la flor

Al lado de la fosa
de la preciosa joven ha brotado
una encendida rosa ;
y junto a la hermosura está enterrado
su amante enamorado.
Sobre esta tumba un sauce corpulento
su triste frente inclina,
y a veces, agitado por el viento,
besa la flor divina.

A una mujer

Después de destrozarme
el pecho, ingrata mía,
tus encendidos labios
me mandan mil sonrisas.
Sonrisas que simulan
un mundo de pasiones...
¡Ay! Cerca de las tumbas
brotaron siempre flores.

La canción de las estrellas

CANTO PRIMERO

I

¡Oh sol, oh regio sol de Andalucía,
besa mi frente, y con tus rayos de oro
corona mi laúd. ¡Oh frescas rosas
de los jardines béticos, perfumes
y colores prestad a mi poesía!
¡Oh esquivos ruiseñores melodiosos
que moráis en los bosques de mi patria,
las perlas derramad de vuestro canto
sobre el metal sonoro de mis versos!...
¡Sol, rosas, ruiseñores, embriagadme
de fragancias, y músicas, y lumbres,
y así podré narrar la breve historia
de un tierno amor, en lágrimas bañado,
como violeta henchida de rocío!

II

Bajo el sereno azul la primavera
toda desnuda y luminosa ríe.
A la vívida llama de sus ojos
las fuentes y los lagos centellean,
luce la húmeda yerba su esmeralda
y palpitan los puros corazones.
Mayo, el alegre mes de las caricias,

SUS MEJORES VERSOS

sus alas de oro en los espacios tiende ;
los prados llena de vistosas flores
y las almas de fúlgidas auroras.
En los fecundos campos todo canta...
Ingente lira es cada bosque, arpegio
cada rama florida, grato idilio
cada verjel: naturaleza entona
al erótico mayo himnos triunfales.
Sí, todo canta ; desde el claro arroyo
que, al pie de la persiana de los juncos,
su flauta de cristal, plácido tañe,
hasta el primer amor, que alza en los pechos
juveniles su bella serenata.

III

¡La serenata del amor, divina!...
¿Quién no oyó sus dulcísimos acordes?...
¿Qué virgen corazón de quince años
no ama bajo el imperio de las rosas?
Tiempo fascinador en que descende
Apolo del Olimpo ; las estrellas,
como un coro de ninfas nacaradas,
se bañan en las olas de zafiro ;
lleva la brisa aromas de claveles
y de jóvenes senos ; la mañana
su collar de luciente pedrería
rompe sobre los prados y las flores ;
bajo el lascivo pámpano sonrío
la bacante feliz ; entre el follaje
vuela del ruisenior la estrofa de oro...
¡y enamorada la radiante musa

REINA

acaricia en sus brazos al poeta,
y enciende en él la esplendorosa llama
que cambia al hombre en dios... ¿Quién no
[ha escuchado
en las tranquilas argentadas noches
el aureo bandolín?

IV

¿Veis esa huerta
que, arrullador, abraza el caudaloso
Guadalquivir triunfante?... Ella es la amada,
la hermosa favorita del gran río,
próvido rey de la andaluza tierra.
Alguna vez irrítase el monarca
y, desbordado el bramador torrente
de su temida cólera y sus celos,
deshace la guirnalda de la huerta
y su resplandeciente vestidura.
Pero después, calmados sus enojos,
gentil y halagador, a su querida
orna con verde túnica de raso,
en su frente coloca una diadema
de hojas y frutos, y a sus pies floridos
palmas de plata, enamorado, arroja.
Bien merece esa huerta ofrendas tales:
que es un edén. Relumbra entre sus ramas,
como el nevado cuerpo de una ninfa,
la morada blanquísima y risueña
del hortelano, placentero albergue
en cuyo alero arrullan las palomas
y fabricó su nido alicatado
la inquieta golondrina. En la fachada,

que orlan y alegran pámpanos frondosos,
 brillan al sol, como pupila verde,
 los vidrios de una rústica ventana
 en cuyo marco embalsamadas flores
 dan su perfume y el amor su trova.
 ¿Cómo no ha de sonar el dulce canto,
 la serenata del amor, divina,
 en la ventana rústica, si en ella,
 al sonrosado albor de la mañana,
 peina su fina cabellera de oro
 una niña feliz? Blanca es su nombre.
 Doncella más hermosa no ha nacido
 en las comarcas que fecunda el Betis.
 Su cuerpo virginal, gallardo, ostenta
 la airosa curva y el contorno puro
 de ánfora griega; en sus celestes ojos
 luce el fulgor sereno de los astros;
 sobre su fresca boca la sonrisa
 vuela como pintada mariposa
 en torno de un clavel; y su ovalado
 rostro de nieve irradia entre el sedoso
 rubio cabello, como la hostia blanca
 en el cerco de aurífera custodia.
 —Hija del dueño de la huerta alegre
 —rudo trabajador de piel tostada
 y mano encallecida—, la doncella
 tiene en el noble pecho de su padre
 un trono y un altar.

V

Gentil mancebo,
 llena la tersa frente de ilusiones

REINA

y los ojos de sol, una mañana
que cruza por la huerta, ve este cuadro
con resplandores de égloga latina
y destellos de aurora. Sobre tosco
banco sentada y a la grata sombra
de un dosel, que jazmín pomposo y alto
formó con su follaje y con sus mudas
campanillas de plata, está la hija
del hortelano, bella y floreciente
como abierto rosal. Velan y ciñen
las sagradas turgencias de sus formas
un pañuelo de seda, purpurino,
y un blanco traje de percal, crujiente;
completando su linda vestidura
el manto brillador de sus cabellos
que desatados por su espalda ruedan.
En torno de la niña, cuya mano
esparce rubio trigo, una bandada
de ligeras palomas aletea
y lanza sus arrullos gemidores.
Una de pluma azul se posa erguida
sobre el hombro de Blanca; otra despeina
con sus alas de nácar, sus cabellos;
otra en su limpia falda se cobija,
y otra, la más feliz, hunde su pico,
como en un rojo casco de granada,
en los carmíneos labios de la hermosa.
Ante visión tan hechicera, el mozo
quedó sumido en hondo arrobamiento,
en éxtasis divino, hasta que Blanca,
terminado el banquete delicioso

que ofrece a sus palomas cada día,
traspasó de su casa los umbrales.

VI

Aquella noche, el joven, desvelado,
la cabeza revuelve en la almohada,
fijando sus miradas en la sombra.
Es que ve en la negrura que lo envuelve
una imagen de diáfanas pupilas,
rostro de nieve, palpitante seno
velado de escarlata y blanco traje.
Y ve también, brillando en las tinieblas,
una paloma azul que, en vez de pico,
tiene los labios de él, ¡sus mismos labios!
y apasionada besa a la hermosura...
A poco, el siempre asiduo y apacible
sueño de la dichosa adolescencia
cierra los ojos al gentil mancebo
y en su boca dibuja una sonrisa...
¡Oh, dulce joven! goza del tranquilo
plácido sueño de la edad temprana!
disfruta de ese bien; que en los corceles
voladores del tiempo, airados llegan
el encendido afán, la duda impía,
la cólera insensata, el vil despecho,
el vicio tentador, la aguda pena,
la ingratitud, de víboras armada,
y la torpe ambición, fantasmas hoscos
que tienen por constantes compañeras
las noches de amargura y desconsuelo,
en que el pálido insomnio nuestras frentes

REINA

desgarra con espinas punzadoras.
¡Oh, mancebo feliz, goza, disfruta
de ese bien que tan pronto se disipa!

VII

A la primera luz de la mañana
salta del lecho el tierno adolescente,
aun llena la retina del encanto
y claridad de la visión nocturna.
Se acicala, y escoge el más lúcido
de sus costosos trajes: que Adelardo
—tal se llama el garzón de nuestra historia—
hijo es del labrador más opulento
de la región feraz. Vestido el mozo
con sus galas más ricas y flamantes,
en busca de la niña seductora
marcha jovial, bizarro y diligente.
Todo es resolución, audacia y brío
el bello seductor, cuando camina
hacia la huerta; pero al verse luego
en presencia de Blanca, siente el joven
que le palpita el corazón, que abrasa
el fuego su mejilla y que, turbado,
nada acierta a decir. La virgen rubia,
que conoce a Adelardo, de un fragante
rosal corta una flor, y, sonriendo,
mas trémula y la faz toda encendida,
al mancebo la ofrece, que, dichoso,
prende la rosa en su agitado pecho.

VIII

Aquella noche, la feliz doncella
la cabeza revuelve en la almohada,
fijando sus miradas en las sombras.
Es que ve en las tinieblas la arrogante
imagen de Adelardo, con un nimbo
de matinal fulgor...

Luego el sagrado
ángel resplandeciente de la guarda
tiende sus blancas alas protectoras
sobre el cándido lecho de la niña,
y vela su tranquilo y casto sueño.

IX

Se aman los dos con el amor riente,
con el primer amor, límpido néctar
que perfuma la copa de la vida.
Vedlos bajo los árboles floridos
dando al aire sus risas melodiosas.
¡Cuán divina está Blanca en esta alegre
tarde de Mayo! Adornan sus cabellos,
que relumbran al sol, lirios azules,
blancos jazmines y encarnadas rosas;
luce en el pecho un ramo de azucenas
y en la névea garganta de alabastro
un collar de cerezas encendidas.
Ella mira a su amante, enamorada,
mientras él la contempla embebecido.
De pronto suena un beso, un dulce beso
todo música y luz, como una endecha

REINA

de ruiseñor... ¡Inflámase el ambiente;
tiemblan todas las hojas y las flores;
suspiran los arroyos, y en la umbría
canta el alma sublime de Virgilio!
Vedlos pasar por el mojado césped
unidos, cual dos versos amorosos
que ata el lazo de perlas de la rima.
Él le pide que cante, y ella entona
esta canción, con regalado timbre:

—Hoy de su palacio azul
han salido las estrellas,
ciñendo sus frentes bellas
con velos de blanco tul.

—
Por una escala de plata
a la tierra han descendido,
y una corona han tejido
de claveles escarlata.

Con ella esmaltan la hermosa
casta frente de marfil
de una doncella gentil,
que esta noche se desposa.

—
Mucho quieren las estrellas
a esta niña blanca y pura,
porque en sus ojos fulgura
la misma luz que arde en ellas.

—
La doncella angelical
camina al templo sagrado,
y un amante despechado
le clava agudo puñal.

SUS MEJORES VERSOS

Las estrellitas en coro,
al ver a la niña muerta,
sobre su faz triste y yerta
vierten lágrimas de oro.

Luego, en su palacio azul
ocúltanse las estrellas,
y ciñen sus frentes bellas
con velos de negro tul.

Vibrando, la canción, rasga los aires
y el pecho de Adelardo y su adorada:
que en la edad juvenil es generoso
y blando el corazón. La tarde expira,
poblando de fantásticas visiones
la bóveda del cielo. Sobre el musgo,
avanza muda la pareja amante
mientras el sol, de llamas coronado,
la viste con purpúreos esplendores.

CANTO SEGUNDO

I

Hay un hada fatal, pálida y bella,
de ojos de fuego y tentadora risa,
que oculta con su regia vestidura
un cuerpo de reptil; hada traidora
que, cuando besa con su torpe labio
a la florida juventud, le arranca
la corona de rosas de la frente.
Fascinador espíritu que engendra



REINA

la desceñida bacanal; transforma
el místico y humilde escapulario
de la doncella pobre en refulgente
collar de perlas; abre el negro abismo
del juego; bebe lágrimas y oro
y mancha la virtud. Ese funesto
monstruo devorador, como se enrosca
a la palma gentil la estéril hiedra,
ciñó el cuerpo y el alma de Adelardo.

II

Su buen padre murió, y al verse el mozo
dueño de una fortuna, la apacible
vida cambió de su natal aldea
por el fausto y bullicio de la corte.
Gozar, siempre gozar era su norma;
pero no al goce puro se entregaba,
no al deleite inefable que alas presta
al corazón para elevarlo al cielo,
sino al placer febril de los sentidos
que, como el rayo, brilla, ciega y mata.
—Reclinar la cabeza en blancos senos
guarnecidos de perlas y diamantes;
ajar y deshacer lazos y flores;
beber, cantar, reír en los festines;
las manos, empapadas por el vino,
enjugarse en lucientes cabelleras...
Tal fué la disipada vida alegre
de Adelardo en Madrid. Reinó el mancebo
en el antro del vicio y la licencia
y en el aureo salón, pues repartía

el oro por doquier. ¡Maldito el oro!
 ¡Maldito, sí, maldito una y mil veces!
 que, obrero infatigable, en las tinieblas,
 labra la culpa, el deshonor y el crimen.
 ¿Cómo dudar que lágrimas enjuga?,,,
 Mas ¡ay! por cada lágrima que seca,
 hace verter un mar de llanto y sangre.
 Y ¡oh pavorosa realidad! el oro,
 el gran infame, el corruptor eterno,
 para la raza humana siempre ha sido
 excelso rey, de todos venerado,
 y único dios que no ha tenido ateos.

III

Su fortuna Adelardo prodigaba
 en perdurable bacanal. Se hundían
 en la charca del vil libertinaje,
 como náufrago en mar alborotada,
 sus ternuras, su fe, sus ilusiones....
 toda la dicha juvenil. Tan sólo
 flotaba alguna vez en la onda negra
 el recuerdo de Blanca. Como el cisne
 que, al cruzar por el lago cristalino,
 deja sobre la linfa transparente
 una pluma de plata, el sonrosado
 idilio de la huerta su destello
 dejó en el alma del liviano mozo.
 ¡Cuántas noches, en medio de la orgía,
 vió en el cristal de la bruñida copa
 la figura de Blanca entre el follaje
 bañado por el sol!... Y ¡cuántas veces,

REINA

en brazos de una impura, envuelta en raso,
al asaltarle el mágico recuerdo
de su primer amor, palidecía,
inclinaba la frente, y, a sus ojos,
transformábase el rostro de la hetaira
en seca y espantable calavera!...

IV

En uno de esos bailes con que el vicio
y la demencia humana solemnizan
el Carnaval; en una de esas fiestas,
como un incendio espléndidas y ardientes,
en que la faz se oculta a las miradas
y desgarran el pudor sus vestiduras,
vió Adelardo entre el loco torbellino
a una blanca beldad de ojos serenos
como el terso cristal de mansa fuente,
de rostro fresco y puro como un lirio,
y de figura tan gentil y airosa
que Grecia hubiera honrado su hermosura
en magnífico altar. Perplejo el mozo
quedó ante gracias tales, y admirando
aquellas dulces límpidas miradas,
aquella noble frente, aquel risueño
labio infantil que, ingenuo, parecía
no haber sido rozado por el ala
de un ósculo de amor, luces y sombras
surcaron a la vez su pensamiento.
—¿Quién es esta mujer?—se preguntaba—
¿Será una de esas lúbricas deidades
cuyos dientes de perlas nos devoran

el corazón, y en no lejano día
 ruedan desde el asiento de oro y seda
 de una carroza al lecho miserable
 de un hospital?... ¿Será una tierna virgen,
 una doncella candida que alegres
 amigas arrastraron a este abismo
 de ofuscadora corrupción?... ¡Oh cielo!
 —Adelardo, contuso, murmuraba—.

¿Por qué con esta duda nos castigas?
 ¿Por qué no marcas con tu rayo el rostro
 del vicio y la maldad? ¿Por qué permites
 que se confunda la mujer manchada
 con la inocente joven, de alma pura
 cual mañana de mayo?... Injusto cielo,
 ¿por qué, por qué toleras que se esconda
 en un cuerpo divino un depravado
 corazón criminal, como una sierpe
 en un fragante ramo de azucenas?
 La mujer... ¿será un ángel o un demonio?
 ¡Aterrador problema de la vida!...
 Es un ángel, sin duda, esta belleza.
 ¿No lo dicen sus ojos y su frente,
 más casta y luminosa que la luna?—
 Así pensó el mancebo, y presuroso
 habló con ella, de entusiasmo henchido.
 ¡Oh, entusiasmo, onda azul que reverbera
 el estrellado cielo, ardiente llama
 que corre por las venas juveniles,
 palacio de cristal de los ensueños
 y lira de cien voces! ¡Oh, entusiasmo
 resplandeciente aurora de la vida,
 como el radiante sol, esmaltas de oro

REINA

hasta el negro pantano y la caverna

Adelardo escuchaba, conmovido,
a la blanca deidad, que ruborosa
y con lánguida voz, más cristalina
que murmullo de arroyo, le narraba
todo un poema de dolor: la joven
era una humilde púdica doncella,
huérfana y sola, como el arpa muda
de la canción del inmortal Gustavo.
Con una amiga al baile fué engañada
y allí la infiel la abandonó... El manco,
ya enamorado, le ofreció su brazo,
al cual plegóse luego el de la bella,
como un ala ligera y temblorosa.

V

Fué este amor torbellino rutilante
de oro y zafir, de púrpura y de fuego,
frenética pasión arrolladora
que devoraba el pecho de Adelardo,
mientras la rauda nave de su mente
en el mar de los cielos se perdía.
Esclavo de la espléndida hermosura,
el joven adoraba sus cabellos
negros y relucientes como el raso ;
su boca, húmedo cáliz de rubíes
lleno de miel, de risas y de besos ;
sus magnéticos ojos de sirena ;
su floreciente seno modelado
en la redonda copa de los dioses ;
su cuerpo, en fin, su primoroso cuerpo,

tan firme y brillador, que parecía
haber sido tallado en un diamante
de las preciosas minas de Golconda.

El mozo, delirante, enloquecido,
ciego por la beldad, alma y fortuna
arrojóle a los pies. ¡Nunca lo hiciera!,
que aquella joven pérfida ocultaba
una víbora horrible en cada beso
y las llamas de Venus Citerea
en el vil corazón. Para la infame
costosísimas joyas Adelardo
compraba sin cesar. ¡Aparecía
tan bella entre el relámpago cambiante
de las piedras preciosas que irradiaban
en su cuello y su negra cabellera!...
A la ardiente mirada de sus ojos
fundióse todo el oro del mancebo,
como la nieve bajo el sol. Entonces,
del mismo modo que huye presurosa
la golondrina del sañudo invierno,
huyó la infiel del arruinado amante.

VI

Tétrico, solo, en la miseria hundido,
sintió Adelardo el odio de los hombres
y el olvido del cielo; y en la oscura
noche de su pesar la clara imagen
surgió de sus idílicos amores,
como de negra encina desgajada
sale volando nítida paloma.



REINA

Mas ¡ah! pronto borraré este recuerdo
deslumbrador en su revuelta mente;
que, más atado al vicio cada día,
rodó el joven al fondo abominable
de la degradación... y sobre el campo
desierto y aterido de su alma
sólo cruzaron ya fúnebres cuervos.

CANTO TERCERO

Es una tarde tibia y deliciosa
del mes de mayo. En la encantada huerta
llena de sol, de aromas y de arpegios,
alzan las flores su fragante copa
brindando por la fértil primavera.
Sobre el rústico banco está sentada
Blanca, la faz descolorida y mustia
como el rostro de virgen dolorosa
esculpido en marfil. El desengaño
rompió los bellos prismas fulgurantes
de su grata ilusión, y los dolores
esmaltaron el cerco de sus ojos
con el matíz de los morados lirios.
Alguna vez asómase a sus labios
leve sonrisa, en cuyo fondo llora
vencido el ideal: es que la triste
recuerda a su Adelardo, cuya imagen
grabó en su corazón buril de fuego.
Al negro olvido, al desamor, al dolo
del mancebo falaz responde Blanca
con la pasión más firme y encendida.
¡Tal la preciosa concha de los mares

SUS MEJORES VERSOS

—que cantó el dulce Hafiz—de perlas cubre
la despiadada mano que la hiera!

No lejos de la pálida hermosura
su noble padre las robustas ramas
tala de un árbol, y miradas llenas
de ternura y amor a Blanca envía,
mientras rueda una lágrima candente
por su atezado rostro, cual la savia
por la corteza del oscuro roble.
De pronto suenan voces, roncós gritos
y locas carcajadas... Por la huerta
pasa un grupo de mozos embriagados
y mujeres impúdicas. Al frente
marcha Adelardo de la turba inquieta,
y al ver a su adorada de otros días,
que engañara traidor, detiene el paso
y le dice procaz: —Bella paloma,
¿por qué estás triste? Vente con nosotros,
y gustarás placeres infinitos.
Dame, como otras veces, tus caricias
y tus besos de miel...

El hortelano,
que oye el terrible ultraje, despidiendo
rayos de muerte por los turbios ojos,
roto su tierno corazón de padre,
llega al grupo veloz, y, alzando el hacha,
que en los aires arroja una centella,
parte la frente del cínico Adelardo.
En este instante los espacios cruzan,
cual doradas abejas, cadenciosos
ritmos y dulces notas: a lo lejos

REINA

un coro de morenas labradoras,
de vuelta del trabajo, canta alegre
la popular canción de las estrellas...
En la faz el horror, desesperada,
corre Blanca a la orilla del gran río.
Besas allí su bendito escapulario,
traza con mano trémula en su frente
la señal de la cruz, cierra los ojos...
y arrójase a las aguas, que, piadosas,
le abren su tumba de cristal.

Gimiendo
pasa la brisa, entre las verdes ramas,
como un sollozo de órgano; la sombra
del velado crepúsculo solemne
ciñe a la huerta su crespón de duelo,
y el rojo sol, cual corazón herido,
olas de sangre vierte por el cielo.

Quintana

A Manuel Garat.

¡Miradlo, es él! En su pupila ardiente
del genio el gran relámpago serpea;
el noble patriotismo centellea
en su pecho valiente,
en su severa frente
con intenso fulgor brilla la idea.
¡Miradlo, es él! Nuestro inmortal Quintana,
el poeta coloso
cuyo canto soberbio y generoso
es el orgullo de la historia hispana.

Es el poeta que cantó la imprenta
 con pindáricos sonos,
 e inspiróse también en la sangrienta
 noche fatal de cien revoluciones.
 Su alma fué siempre espléndido tesoro
 de entusiasmo, de fe, de valentía,
 y de su fuerte cuerpo en cada poro
 un corazón enérgico latía.
 El gran patricio, el escritor gigante
 de numen soberano ;
 su pluma fué la espada centellante
 que el ángel vengador puso en su mano.
 El azotó la espalda del tirano,
 y al torpe absolutismo
 sepultó con esfuerzo sobrehumano
 en el eterno abismo.
 La patria era su Dios, su amor, su vida ;
 por eso al verla herida
 por la garra del águila de Jena,
 gritó con voz potente:
*¡ Guerra !... Dadme una lanza,
 ceñidme el casco fiero y refulgente,
 volemos al combate, a la venganza.*
 Y la española gente
 al escuchar su grifo, diligente
 acudió belicosa a la matanza.
 El gran Quintana, arrebatando entonces
 el fuego a los volcanes,
 la luz al rayo, el son a los torrentes,
 los acentos valientes
 a los recios y roncós huracanes,
 la voz atronadora y altanera

REINA

al eje de la esfera,
y el poderoso grito a los titanes,
lanza su canto enérgico y sublime,
y en heroica bravura al par que fiera,
enciende los hispanos corazones.
La Francia al escucharlo tiembla y gime,
y cayendo esta hiena en vil desmayo,
su altiva frente aplasta el férreo *callo*
de nuestros fogosísimos bridones.
El lírico fué el dios de la victoria
y de entonces su nombre insigne, suena
en la guerrera tropa, en la alta almena,
en el choque de bélica armadura,
en el mar, en el monte, en la llanura...
¡Toda nuestra nación su nombre llena!
Por eso cuando cruza por mi mente
el glorioso recuerdo de esta hazaña,
exclamo, lleno de entusiasmo ardiente:
«¡Quintana ha de vivir eternamente,
pues Quintana es España!»

Improvisación

Hé aquí los génius gigantes
Más dignos de aplauso y gloria,
Que hallo en las hojas brillantes
Del gran libro de la historia:
Moisés, el sábio profundo,
Que un Dios á los hombres dió,
Y Colón, que descubrió
El llamado Nuevo Mundo.



Tres ruiseñores

BARBIERI

Ruiseñor cuyo canto es nuestra patria;
sus obras son el español poema;
el madrigal dulcísimo que cruzan
los amantes nocturnos en la reja;
el árabe cantar; el poderoso
grito de libertad e independencia;
el ritmo cadencioso y elocuente
que forman con sus pasos nuestras bellas;
la hermosa Andalucía; los fulgores
que en los cuadros de Goya centellean,
y el murmurar del aire cuando agita
la española bandera.

BECQUER

Es su canto la luz: el horizonte
lleno de tristes sombras y de estrellas;

REINA

el gemido de un pecho destrozado ;
los amores del lirio y la azucena ;
el himno que murmuran las estatuas
en sus anchos sarcófagos de piedra ;
la rosa y oro, espléndidos colores
que Ticiano ostentaba en su paleta ;
el rumor de las hojas en otoño ;
del cisne melancólico la queja,
y el silbido del viento entre los sauces,
y las tumbas desiertas.

GAYARRE

Es su voz mundo inmenso de armonía ;
«el son valiente de la trompa épica» ;
el suspiro de un alma enamorada ;
las sonrisas ; las lágrimas sangrientas ;
el buril primoroso de diamante
que en el gastado corazón penetra ;
el placer ; la bondad ; el sentimiento ;
el perfume y color de las violetas ;
las preciosas canciones de Petrarca ;
el estridente grito de la guerra,
y un mar de luz y notas que en sus pliegues
arrastra ricas perlas.

La joven de los ojos negros

*A doña Fuensanta Crespo, esposa
del eminente poeta Grilo.*

En la ardiente orgía,
cantando y riendo,

SUS MEJORES VERSOS

la copa en la mano,
conmovido el seno,
vestida de blondas,
raso y terciopelo,
se encuentra la joven
de los ojos negros.
En su tersa frente
los rubios cabellos
pálidos flamean
con fulgor intenso,
y suave murmullo
de encendidos besos
palpita en sus labios
de grana y de fuego.
La noche es oscura;
el helado cierzo
fatídico silba
y retumba el trueno;
vestida de harapos,
muerta de hambre y miedo,
una mujer entra
en el aposento
donde lugar tiene
el festín espléndido,
y a la hermosa joven
de los ojos negros
pide una limosna
con lúgubre acento.
La joven la mira
con adusto ceño,
y sin socorrerla
la despide luego;

REINA

y la melancólica
guitarra tañendo,
con voz argentina
da esta copla al viento:
«¡Qué triste está el mundo!
¡Qué triste está el cielo!
¡Qué triste se encuentra mi madre! y en
[cambio,
¡qué alegre mi pecho!»

II

Con lluvias y fríos,
pasó el crudo invierno,
y el mes de las flores,
de delicias lleno,
con su sol radiante
y amores risueños,
tiende por el mundo
su rosado velo.
Levántase el día
teñido de fuego,
y en olas de oro
se bañan los cielos;
entonan las aves
sus dulces gorjeos,
y en el lago límpido
agítase el céfiro.
Por aquella senda
que va al cementerio,
llevan unos hombres
un humilde féretro,

en el cual descansan
los ya fríos restos
de la hermosa joven
de los ojos negros.

La única persona
que va en el entierro
es aquella pobre
que con hambre y miedo
entróse en la orgía
la noche de invierno.

Mil ayes despide
su angustiado pecho,
y vierten sus ojos
lágrimas sin cuento.

Madre es de la joven
de los ojos negros,
y por eso exclama
con grandes lamentos:

«¡Qué alegre está el mundo!
¡Qué alegre está el cielo!

¡Qué alegres las aves canoras!, y, en cambio,
¡qué triste mi pecho!»

Sueños

Al gran escritor José Fernández Bremón.

Cuando me encuentro solo, y los aromas
del oriental dorado pebetero
con sus olas azules me rodean,
jijete en el bridón del pensamiento

REINA

vuelo al mundo divino y misterioso
de las hadas, los gnomos y los genios,
a ese gigante mundo del poeta,
de fantásticos seres gran imperio.

¡Oh! Cómo me deleitan esos cuadros
que en mis profundas abstracciones veo,
llenos de luz, de vida y poesía,
panoramas brillantes de los sueños...

.
.

Esas huríes de excitantes formas
en brazos de sultanes y guerreros;
esas vírgenes de ojos de esmeralda,
de túnica impalpable y níveo seno;
esos nobles, al cinto la tizona,
y la pluma flotante en el chambergo;
esas náyades de alas diamantinas,
en cuya frente se refleja el cielo;
aquellos combatientes que en las sombras
cruzan desesperados los aceros;
esas diosas de lujo y los placeres,
con vestidos de raso y terciopelo,
la copa del licor llevando al labio,
mientras un trovador les da mil besos;
esos palacios de coral y perlas,
nidos de las ondinas; ese ejército
de sátiros y ninfas bulliciosas;
esos corceles de la crin de fuego;
aquel lago azulado y transparente,
cuyas ondas tranquilas riza el céfiro,
y aquel esquife de oro que conduce

a dos amantes en coloquio tierno ;
esos ángeles de ojos de zafiro ;
esos piratas de iracundo ceño ;
esos genios de luz, esos espíritus
que pueblan los espacios y los cielos...

.
Todas esas creaciones del artista
cuando cierro los párpados contemplo,
y es que, sin duda, el mundo de esos seres,
ese gigante mundo, es mi cerebro.

A su almohada

Eres feliz, nevada consejera:
tú conoces sus gracias virginales,
y en tu seno amoroso
se desata su rubia cabellera.
Tú, que de sus pupilas celestiales
bebés perlas tan claras como el día,
y el néctar delicioso
apuras de sus labios de ambrosía ;
tú, que velas su pecho enamorado,
tú, que aspiras su aliento embalsamado,
y sabes su pesar y su alegría,
dime por qué ha apurado
en la pasada noche
el cáliz del dolor y la agonía.
Mas no, no me lo digas, consejera ;
pues de dolor, tal vez, me moriría,
si yo la causa fuera.

REINA

Una cortesana

A Campoamor, rey de la Dolora.

¡Oh! n'insultez jamais
une femme qui tombe.

VICTOR HUGO.

Es Elisa una hermosa cortesana
de formas seductoras,
de mejillas de grana
y de ardientes pupilas brilladoras.

Su rubia y luminosa cabellera,
cual cascada de oro,
cae por su espalda blanca y hechicera;
y es su cuerpo de gracias un tesoro.

Príncipes y señores
le entregan sus riquezas.
Por sus besos de fuego embriagadores;
todos, amantes son de sus bellezas.
Todos, menos Ernesto, su querido,
que la maltrata y hiere;
y ella, todos los hombres da al olvido,
y sólo a Ernesto quiere.

ÍNDICE

Páginas

Prólogo.....	5
Introducción.....	11
La Perla.....	12
Juventud de Musset.....	13
El insecto y la estrella.....	14
Andalucía.....	15
En Mayo.....	16
La Diana.....	16
El corazón de una hermosa.....	17
Cantar.....	21
La catarata y el ruiseñor.....	22
La gota de sangre.....	23
Los rojos.....	23
A media noche.....	24
Baile de mascarar.....	25
A Nñez de Arce.....	28
La música.....	30
El sueño de una noche de verano.....	31
La lira rota.....	35
Las Bellas Artes.....	36
Flores secas.....	38
A.....	39
Canción árabe.....	40
La Estafua.....	41
Byrón en Venecia.....	42
Mayo.....	42
A una mujer.....	43
En un album.....	44
A F.....	44
Mi Dios.....	45
El Pañuelo.....	45
Morendo.....	46
María Stuart.....	47
Las Estaciones.....	47
La flor de mi esperanza.....	48
El sauce y la flor.....	49
A una mujer.....	49
La canción de las estrellas.....	50
Quintana.....	68
Improvisación.....	70
Tres ruiseñores.....	71
La joven de los ojos negros.....	72
Sueños.....	75
A su almohada.....	77
Una cortesana.....	78

LOS POETAS

En el próximo número de LOS POETAS, que aparecerá el día 27 de octubre actual, se publicarán las más bellas HUMORADAS del inmortal

CAMPOAMOR

con una artística portada en tricolor e ilustraciones de Pedraza Ostos y retratos del autor por Cuevas.

El prólogo será del notable y popular escritor EMILIO CARRERE.

TOMOS PUBLICADOS

- Núm. 1.—CAMPOAMOR. (Doloras.)
- Núm. 2.—ESPRONCEDA. (Poesías varias.)
- Núm. 3.—QUEVEDO. (Poesías varias.)
- Núm. 4.—VILLAESPESA. (Poesías varias.)
- Núm. 5.—CAMPOAMOR. (Pequeños poemas.)
- Núm. 6.—N. F. DE MORATÍN. (Poesías varias.)
- Núm. 7.—ESPRONCEDA. (El Diablo Mundo.)
(Extraordinario, una peseta.)
- Núm. 8.—ADELARDO L. DE AYALA. (Poesías varias.)
- Núm. 9.—ANTONIO ZOZAYA. (Poesías varias.)
- Núm. 10.—FRAY LUIS DE LEÓN. (Poesías varias.)

Precio de cada ejemplar atrasado: 50 céntimos.

Precios de suscripción en España, Portugal, América, Filipinas y Posesiones y Protectorado de España en Africa:

Un año, 24 ptas; un semestre, 15 ptas. y un trimestre, 7 ptas.

Los pagos serán anticipados y se harán por giro postal, cheque o letra de fácil cobro.

Habiéndose terminado la reimpresión del tomo primero de LOS POETAS (CAMPOAMOR «Doloras»), avisamos al público en general y a nuestros lectores en particular, que ya podemos servir ejemplares del mismo.

Solicite en todas las librerías y expendedurías de periódicos LOS POETAS.

Precio: 50 céntimos

Administración: Valverde, 44. - MADRID

